

## EN VIAJE

Maria Teresa Andruetto\*

### *Las amigas de mi abuela*<sup>1</sup>

Íbamos a verlas  
los días de los muertos,  
cuando la muerte no dolía.  
Mi madre (que era hermosa y usaba  
tacos altos) nos llevaba de la mano,  
se pintaba la boca. Hablaban piamontés,  
la palabra cerrada en la garganta a gritos.  
Nos ponían vestiditos blancos de piqué  
y volvíamos con olor a gladiolos,  
a margaritas. Tenían una casa oscura  
las amigas de mi abuela, y el tamaño  
de un hombre. Ellos en cambio  
eran flacos, frágiles como niñas:  
se llamaban Geppo, Vigü,  
Gennio, Chiquinot.

### *Extravío*<sup>2</sup>

Aún no sabe decir  
su nombre y la han mandado  
(*a lo de Rabachino,*  
*a comprar harina, azúcar*  
*negra, polvo de hornear*).

\* Poetessa argentina.

<sup>1</sup> De *Pavese/Kodak* (Ediciones del Dock, 2008).

<sup>2</sup> De *Sueño americano* (Caballo negro, 2009).

Si lo hace bien,  
le darán  
*(caramelos, estampitas,  
besos).*

En el bar hay olor  
a hombres, y a vino viejo.  
También un piso  
flojo de madera,  
y ya está el miedo  
de pisar en falso.

Lleva un papel escrito  
*(en el hueco de la mano  
lleva la letra de su madre).*

Le han ordenado:  
*No te pierdas,* y va mirándose  
los pies, cuenta  
los pasos.

Cree  
*(...pero es una intuición  
oscura)* que quien se mira  
los pies no se extravía.

Cuenta los pasos  
*(y después las sílabas,  
los cuentos, las monedas),*  
con los ojos fijos en los zapatos,  
pero lo mismo se pierde  
en el recuento.

*Extravío*

*Sólo enfermando al vecino, es como uno se convence  
de su propia salud  
Fedor Dostoievsky*

Cuando yo era chica, pasaba frente a nuestra casa, en la esquina de Mariano Moreno y Río Negro<sup>3</sup>, todos los mediodías, un hombre con un pequeño paquete en la mano (se decía que le llevaba la comida a un hermano que trabajaba en el otro extremo del pueblo). Martinato se llamaba (o se llama, porque acaso viva todavía). Aunque no tenía reloj, Martinato sabía siempre la hora exacta. Se decía que vivía contando los pasos, equivalentes a segundos. Si así era, pienso que podía saber con exactitud acerca del tiempo porque a eso –al tiempo– le dedicaba todo su tiempo.

Muchos años después, ya convertida en una mujer grande, tuve por vecino en mi casa de Villa Allende, a un hombre a quien llaman el caminante. Desde los dieciocho años, edad en la que –eso dicen– murió su madre y él –uso estas experiencias sin conocerlas del todo– “tuvo un brote psicótico”, el caminante camina –con una gruesa campera, tanto en invierno como en verano– desde la mañana hasta la noche, desde su casa que está junto a mi casa, hasta el cementerio viejo y desde ahí otra vez hasta su casa.

No sé bien por qué estos episodios vienen juntos a mi memoria, acompañando a un tercero: un recuerdo antiguo, fundante para mí, que también tiene que ver con el caminar. Cuando era muy chica y apenas si sabía decir mi nombre me mandaron con un papelito en la mano (un papel escrito por mi madre) a hacer una compra. Supongo que porque era tan chica (o porque por primera vez me habían mandado a hacer una compra) yo temía perderme. Así que caminé mirándome los zapatos, en la creencia infantil –pero no demasiado lejana a la verdad– de que uno está donde están sus pies. Y de tanto mirarme los pies, me distraje de otros menesteres y me perdí. Me encontró el cartero, un hijo del Maestro Bono, me preguntó si mi mamá se llamaba Cleofé, me cargó en el canasto de las cartas que estaba adosado a su bicicleta y me llevó de regreso a casa.

¿Qué tienen en común un hombre extraño, un enfermo y una niña distraída? ¿Qué los separa? No sé si el recuerdo es tan vívido para mí porque llevaba en la mano la letra de mi madre, o porque descubrí que era hija de una mujer

<sup>3</sup> En Oliva, Provincia de Córdoba, pueblo donde me crié y sede del Asilo de Alienados Colonia Dr. Emilio Vidal Abal.

que tenía un nombre extraño, o porque quien me llevó a casa era el hijo del Maestro (había una sola persona en mi pueblo de quien pudiéramos decir simplemente: el maestro) o porque aquel hombre me puso en el canasto donde se llevan los mensajes, o porque tuve conciencia por primera vez del extravío. De hecho, *Extravío* es el nombre con que titulé un poema construido a partir de ese recuerdo, tantos años después.

Ya lo dice el lenguaje popular: hay que estar bien plantado, hay que vivir con los pies en la tierra, por contraposición a andar con la cabeza en las nubes. Oscilación entre el deseo de extraviarse y el esfuerzo por seguir pegado a la realidad. En ese oscilar que a veces asusta, que a veces abisma, está el momento de creación. Sé que hay límites entre la salud y la falta de ella (allí donde usted nada, ella se ahoga, le habían dicho a Joyce –creo que se lo había dicho Freud en relación a su hija Lucía), pero ¿dónde están esos límites?, ¿hasta dónde uno puede extraviarse y regresar cuando quiere a casa?. ¿Hasta dónde alguien que transporta las palabras puede encontrarnos (o hacer que nos encontremos) y llevarnos consigo en su canasto hasta donde estemos a salvo?

### *Herencia*

Quería ser pintora o profesora.  
Después conocí a Dylan, a Burroughs,  
a Warhol. Fui a la tumba de Morrison,  
a lo de Jim, a París, a París. Y no sentí  
nada. Después visité a Rimbaud. A Genet.  
Al Conde de Lautremont. De pintora pasé  
a cantante de rock. Y más tarde al Dakota  
a recordar a Lennon. Y a Greg. Y a Fred.  
Y a Mapplethorpe. De ahí a estrella  
con mi hermano Todd. Años buscando  
palabras, queriendo decir de otro modo,  
pero no encontré nada, así que vuelvo  
a casa. ¡No voy a quedarme parada  
sobre las tumbas de esta gente!

### *Interior con naranjas*

Las casas pintadas de rosa  
o de turquesa, me hicieron pensar  
en un país tropical. También

el hombre que manejaba el taxi,  
eléctrico como un músico de jazz.  
En el auto habló de unas naranjas,  
dijo algo que no entendí. Después,  
bajo la noche diáfana, pasando  
el Bermejo, esa niña desnuda  
sobre el puente. Una luz melosa  
atravesaba el agua y en el cielo  
negro la luna encendida  
como una naranja.

*Muchacha de Ucrania/ 2003*

¿Cómo van en tu tierra las cosas?, pregunto.  
Siempre peor, me responde, es todo una mafia.  
Mi prima allá abajo levanta la mano. La chica  
se llama Alexandra y va a trabajar a Gerona.  
Tiene a su padre en Valencia y a su madre limpiando  
un albergue en Milano.

Su hermano,  
que cumple catorce, se ha quedado en Ucrania  
cuidando la casa. Hablo tres lenguas, me dice,  
ucraniano, moldavo y rumano, pero eso no sirve  
en España. En el bus van gitanos, letones y húngaros,  
y esta chica que tiene a su madre en Milano.  
También va una mujer de Trujillo que no tiene  
papeles, me lo dijo comprando el pasaje. Hay  
un sitio mejor y está lejos.

*(Por la tarde  
he llamado a mis hijas.  
No estaban)*

Yo quería quedarme  
cuidando la casa, me dice la chica de Ucrania,  
pero es mejor que se quede mi hermano.  
Conversando, he olvidado que estoy todavía  
en Torino, que el bus no ha arrancado,  
que mi prima allá abajo levanta  
la mano.